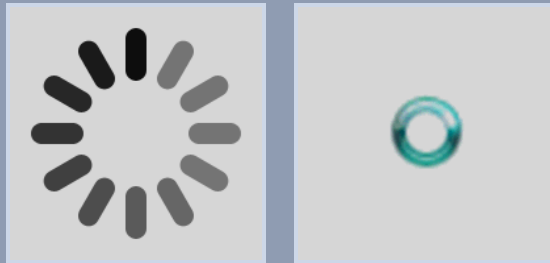


<https://docs.google.com/document/d/1FZkWb9odHpJyLzCoOdSLX2rTs5gmAdL8HwnX3HYoFRk/edit?usp=sharing>

Una transición también es un espacio no-lugar.



Los espacios liminales se hallan en el plano de la incertidumbre.

La liminalidad pocas veces se halla en posición o intención de desvelarse, mucho menos revelar sus misterios. Pero eso no quiere decir que la liminalidad sea imprevisible por los patrones que emite, los patrones que emite son por lo general muy previsible. Entendemos que nos encontramos ante un espacio liminal con tan sólo recibirlo, es un proceso más o menos automático. Sin embargo, es imprevisible en otro plano: la familiaridad.

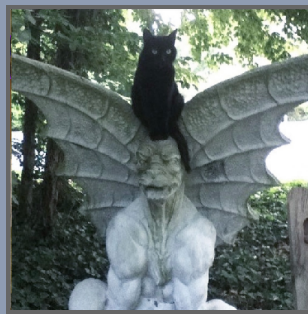
 gato_fantasma_1_9-c

Porque lo raro apela a nuestra subjetividad, en lo raro nos vemos más o menos reflejados: cuando observamos una muñeca de aspecto ligeramente antropomórfico por demasiado rato, al menos a muchos se nos habrá empezado a insinuar la cuestión de si no seremos, nosotros también, una muñeca.

Un espacio liminal te incorpora en su subjetividad, te atrae a su familiaridad. Te convierte en un espacio igual de incierto.

En la otra cara de la moneda de la familiaridad nos topamos con la infancia. Algo que caracteriza especialmente a la mayoría de espacios liminales es que no emiten palabra. No dicen nada; parecen sumidos en un permanente silencio. Si este silencio será primigenio o no, o si tendrá que ver con el silencio primigenio del historial geológico de nuestro organismo no lo sé, pero sí me parece que se manifiestan de una forma similar a la que se manifestaban los espacios con los que interactuábamos cuando éramos niños, es decir, en completo silencio. Infancia viene del latín *infans*, que significa "aquel que no habla", y también de *infantia*, que viene a ser "incapacidad de hablar".

 gato_fantasma_1_9-c



<https://sites.google.com/view/gato-fantasma/-x1>